

## Curas echando discurso y luego bala

**Rebeldes, románticos y profetas. La responsabilidad de sacerdotes, políticos e intelectuales en el conflicto armado colombiano**

IVÁN GARZÓN VALLEJO

Universidad de La Sabana, Ariel,  
Bogotá, 2020, 214 pp.

ESTE LIBRO, arriesgado por la tesis que propone, y también accidentado por las consecuencias que la publicación le ocasionó a su autor, revela al mismo tiempo la complejidad del mundo académico colombiano y la importancia de la historiografía de las mentalidades como espacio epistemológico para desentrañar el pasado de un país delirante, por momentos incomprensible, y con tantos lugares comunes y verdades momificadas.

El autor del libro es el profesor Iván Garzón Vallejo, doctorado en ciencias políticas por la Universidad Católica Argentina, investigador visitante en la Universidad del Estado de Missouri y profesor de la Universidad de La Sabana, en Bogotá... hasta diciembre de 2020 cuando no le fue renovado el contrato laboral. El texto es producto de una investigación de tres años y, como lo reconoce Garzón en la sección de agradecimientos, debe mucho, sobre todo, a conversaciones y entrevistas con diversos historiadores como Jorge Giraldo, Eduardo Pizarro Leongómez (quien escribió el prólogo), Álvaro Tirado Mejía, Michael J. LaRosa y Jorge Orlando Melo, entre otros. Fragmentos de los capítulos de la investigación fueron leídos y comentados en las universidades de Georgetown y Maryland, en los Estados Unidos, y en eventos cuyo tema central de debate era el peso de la religión católica en las sociedades latinoamericanas.

Organizado en siete secciones, el eje central del libro está constituido por los capítulos dedicados a discernir el significado de los conceptos que aparecen en el título: “rebeldes, románticos y profetas”. Expuestos los conceptos de forma sumaria, los rebeldes fueron curas, monjas e intelectuales católicos que apoyaron la lucha armada en Colombia entre los

años 1960 y 2010, en particular aquellos que militaron en la guerrilla del Ejército de Liberación Nacional (ELN); los *románticos* no tomaron las armas, pero sí asumieron abiertamente actitudes públicas de reclamo y justificación de las acciones violentas de los grupos sublevados en armas; los *profetas*, por último, fueron intelectuales que cuestionaron las consignas violentas de los dos grupos anteriores y rechazaron el matrimonio ideológico entre catolicismo y marxismo.

A lo largo de sus más de doscientas páginas, el libro del profesor Garzón sostiene una tesis: es cuestionable que sectores de la Iglesia católica colombiana hayan apoyado la violencia para transformar el sistema político. Esta respuesta va en contravía de la doctrina católica, expuesta de manera apodíctica en el Nuevo Testamento, según la cual jamás un católico puede reaccionar a formas de violencia con más violencia. Cristo mismo renunció a formas de venganza contra los romanos o los judíos que lo persiguieron, y aceptó la crucifixión como un sacrificio necesario para evitar el derramamiento de más sangre. Elías Canetti, el crítico literario, novelista y diarista búlgaro, ganador del Premio Nobel de Literatura en 1981, señala esta actitud pacifista de la Iglesia católica, al menos hasta las Cruzadas medievales, como una de sus fuentes de poder: “Su calma [la del catolicismo], que junto a su amplitud ejerce sobre muchos una enorme atracción, la debe a su antigüedad y a su aversión hacia cualquier tipo de violencia masiva” (*Masa y poder*, 2010, p. 256).

La crítica del profesor Garzón se centra esencialmente en la figura del padre Camilo Torres Restrepo (1929-1966), quien proviniendo de una familia burguesa, luego de sus estudios en la Universidad de Lovaina en Bélgica, retornó al país en 1959 y, muy influido por la Revolución castrista en Cuba, hizo proselitismo político en barrios populares de Bogotá y en la Universidad Nacional, donde fue capellán. Distanciado ya de la jerarquía eclesiástica local y romana, y desconfiado de las formas democráticas de acceder al poder en el país, seguramente estimulado por sus amigos –los rebeldes y los románticos, como los denomina Garzón–, el padre Camilo tomó las armas e ingresó en la

guerrilla del ELN, donde cayó en combate con el Ejército el 15 de febrero 1966, en Patio Cemento, Santander. El padre Camilo fue un símbolo de la revolución izquierdista latinoamericana con un valor similar al del Che Guevara, como bien lo presenta en su biografía el exsacerdote colombo-australiano Walter J. Broderick, en *Camilo, el cura guerrillero* (1975, 2013). La investigación de Garzón quiere cuestionar ese símbolo y renovar, desde la perspectiva de la historia de las ideas, la mirada sobre este protagonista de la vida política contemporánea en Colombia. A la vez, se propone criticar fuertemente a los intelectuales que apoyaron al padre Camilo Torres y a quienes aún ven en él una fuente ideológica para justificar las formas de violencia revolucionaria. Sin duda el que un sacerdote católico se radicalizara de tal modo fue noticia mundial y motivo de discusión tanto en el Vaticano como en las iglesias más humildes de poblados de América Latina y África: “El caso de Camilo Torres conmocionó los cimientos de una sociedad mayoritariamente católica que atravesaba un acelerado proceso de secularización, pero, además, su vida y obra muestran cómo las ideas dominantes de la época legitimaron la violencia” (Garzón, p. 33, citando a Eduardo Posada Carbó, *La nación soñada. Violencia, liberalismo y democracia en Colombia*, 2006).

Garzón organiza su batería argumentativa para sostener su tesis de trabajo de tal modo que los lectores podemos apreciar, primero, las ambiguas reacciones de la jerarquía católica ante el surgimiento del conflicto armado colombiano en la década de los sesenta; segundo, la forma en que la figura del padre Torres Restrepo ganó un poderoso arraigo entre intelectuales de izquierda (varios ateos, incluso), sindicatos, jóvenes universitarios radicalizados y sectores campesinos sobre todo de Antioquia y Santander, y tercero, las gravísimas consecuencias que trajo el hecho de que comunidades de la Iglesia católica –especialmente la jesuita– divulgaran un discurso centrado en aceptar la violencia para cambiar la situación de pobreza y desigualdad en Colombia y derrocar el poder legítimamente constituido. Solamente la excepción de los que Garzón llama “profetas”, que no aceptaron los

HISTORIA		RESEÑAS
<p>cantos de las sirenas del odio, merece una valoración por parte del investigador: el guerrillero Jaime Arenas, el expresidente Belisario Betancur, el novelista y ensayista Eduardo Caballero Calderón, el periodista Alberto Zalamea, monseñor Gerardo Valencia y el sacerdote Gustavo Pérez.</p> <p>Hay un dato atroz que no se puede pasar por alto. La guerra civil vivida en Colombia entre 1980 y 2019 ocasionó la muerte a dos obispos, 93 sacerdotes, cinco monjas, dos misioneros y tres seminaristas. Fueron secuestrados “cinco obispos, veintisiete sacerdotes, un misionero y un diácono” (p. 43). Ello demuestra la existencia de comunidades eclesiales que también son víctimas del conflicto armado y merecen verdad, justicia y reparación por parte del tribunal de la Jurisdicción Especial para la Paz (JEP).</p> <p>Para finalizar, señalaré aspectos cuestionables y meritorios de esta investigación. La crítica central es que en varias partes del libro se difuminan los límites discursivos entre los géneros historiográfico y periodístico. Garzón pierde la distancia ante el objeto de investigación y asume posiciones claramente manifiestas a favor de posturas partidistas, contradiciendo su idea de ser objetivo y valorar con más cuidado los matices ideológicos (pp. 115, 127, 189). En todo ello tiene responsabilidad el editor del libro. Se olvida que los editores de libros de no ficción tienen la tarea no solo de verificar la datación de la información textual, sino de cuidar los registros pragmáticos de escritura para evitar precisamente lo que estamos reclamando: afecta la credibilidad epistémica el que los autores, en este caso un historiador, sientan identificación explícita con aquello que se espera que una comunidad académica avale primero.</p> <p>Uno de los poderosos logros de este libro es la heterogeneidad de fuentes que fueron consultadas, desde documentos no referenciados habitualmente en la bibliografía historiográfica sobre el tema (actas del Consejo Episcopal Latinoamericano y Caribeño, Celam), hasta conversaciones con fuentes primarias: Enrique Santos Calderón, monseñor Héctor Fabio Henao, y los sacerdotes jesuitas Vicente Durán Casas y Fernán</p>	<p>González. Llama la atención también el procedimiento metodológico usado, que une lo hermenéutico con el análisis del discurso. Por resaltar –cosa que no hace el prologuista, a quien le hubiera correspondido hacerlo– es que esta investigación se une a otras que conforman una escuela, o una línea, para ser más precisos, que llamaría <i>revisionista</i> del conflicto armado colombiano, polémica en sus interpretaciones. De ella hacen parte historiadores y sociólogos como Eduardo Posada Carbó, Jorge Giraldo Ramírez, Patricia Londoño, María Emma Wills, Daniel Pécaut y Gustavo Duncan.</p> <p>Mi opinión es que este libro hubiera merecido un premio editorial en el área de ciencias políticas y sociales. Al contrario, paradojas del polarizado mundo universitario colombiano, el profesor Garzón vivió cierto ostracismo luego de ser publicada su investigación, además de perder su trabajo en la universidad. En una columna de opinión, Gustavo Duncan señaló al respecto: “Quizá la gran lección que deja el caso es que la libertad cuesta” (<i>El Tiempo</i>, 26 de diciembre de 2020).</p> <p style="text-align: center;"><b>Carlos Sánchez Lozano</b></p>	